

Encuentro Convida20

Carlos Fazio

SICSAL, 21 de marzo de 2022

En la coyuntura de la actual guerra entre Estados Unidos/OTAN/UE y Rusia, con epicentro en Ucrania, abordaré algunos puntos que creo relevantes como contexto:

El Evento 201 y la pandemia

El 17 de enero de 2020, el Centro para la Seguridad de la Salud de la Universidad Johns Hopkins, Maryland, EU, junto con el Foro Económico Mundial de Davos y la Fundación Gates, del magnate empresarial informático estadounidense Bill Gates, emitieron un comunicado en el que se presentaba la evaluación del ejercicio de pandemia “Evento 201” (*Event 201 Pandemic Exercise*), realizado en octubre anterior, con el copatrocinio de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y la compañía de información financiera Bloomberg, del magnate Michael s Bloomberg. Aunque aclararon que era un ejercicio de simulación sobre una “pandemia de coronavirus ficticia”, y que no se trataba de una “predicción” ni tenía vinculación alguna con el nuevo coronavirus, es el primer antecedente a tomar en cuenta así como las recomendaciones de política adoptadas, incluida la estrategia de manejo de la información y de medios a escala mundial.

La pandemia y el Estado de excepción global

El 21 de enero comenzó el Foro Económico Mundial, en Davos, y junto a los jefes de Estado y de Gobierno de varias docenas de países, entre ellos Donald Trump y Angela Merkel, estaban reunidos en Davos los representantes de las corporaciones más poderosas del mundo: Google, Apple, Facebook, Microsoft, Roche, Bayer, Sanofi, Astra Zeneca, Moderna, BlackRock, Visa, Mastercard, además de la Fundación Rockefeller, el Consejo Atlántico, los presidentes de los bancos centrales de una docena de países y numerosos jefes de redacción de los principales medios de comunicación.

A finales de marzo de 2020, cuando el saldo de muertos sobre una población mundial del orden de los 7,800 millones se elevaba a 11 mil personas, la denominada pandemia del COVID-19 decretada por la Organización Mundial de la Salud (OMS) había derivado en algunos países en un virtual Estado sanitario de tipo policial y/o militar de excepción, con confinamiento (lockdown), suspensión de garantías individuales y diferentes grados de intensidad punitiva, con la consiguiente aplicación de draconianas cuarentenas con vigilancia activa para, según esgrimieron diversas autoridades, intentar evitar el contagio.

Sin minimizar la gravedad de la epidemia, cuando había una recesión en ciernes y sistemas de salud colapsados por años de políticas neoliberales en la mayor parte del orbe, los diversos lenguajes del poder –entre ellos los jurídicos, culturales y mediáticos– habían

venido adoptando un léxico médico y hasta epidemiológico, pero también militar (bélico), con fines de control de población.

En ese contexto, la campaña de propaganda de los medios occidentales con eje en el miedo, el pánico y la incertidumbre, tuvo como objetivo deliberado inicial a China, para aislarla y satanizarla en el marco de la guerra comercial de Donald Trump y Estados Unidos contra quien le disputa la hegemonía del sistema capitalista.

Nos preguntábamos entonces si con la excusa de la pandemia estaríamos asistiendo a un nuevo proceso para “resetear” al sistema capitalista mediante la doctrina de shock y pavor, o ante una nueva fase de “destrucción creativa” en el marco de una guerra de clases (Warren Buffett *dixit*) planetaria. Tras la “crisis del Covid-19”, ¿qué caería? ¿El dólar? ¿El capitalismo financiero? ¿La hegemonía de Estados Unidos en el mundo? ¿O la reforzada intervención del Estado llevaría a una reorganización hegemónica del capitalismo tutelada por EU, China y Rusia, con una criptomoneda global y una nueva elite financiera transnacional?

¿A un reforzado Estado panóptico digital, de vigilancia y castigo masivo militarizado *urbi et orbi* y con el distanciamiento social como paradigma? ¿De la mano de próximas pandemias surgirán nuevas tesis reaccionarias neo-malthusianas?

Lo que vino, en lo inmediato, fue una guerra intercapitalista por territorios, mercados y materias primas.

Los grandes ganadores del COVID-19

Mientras en medio de la emergencia sanitaria millones de personas en el orbe, seguían viviendo en un traumático confinamiento cuasi total, sostuvimos entonces que se estaba llevando a cabo un proceso totalitario de reingeniería social, cuyo objetivo fundamental sería desencadenar una reestructuración económica, social y política global, que según algunas hipótesis sería regida por un nuevo “gobierno mundial” (o “soberanía supranacional”), controlado por una élite de poderosos especuladores financieros y banqueros de Wall Street; las grandes compañías farmacéuticas y petroleras, incluidas sus fundaciones “filantrópicas” y sus laboratorios de pensamiento (*think tanks*); el complejo militar industrial; las grandes compañías tecnológicas digitales y los medios de comunicación corporativos.

Lo cierto es que entre los ganadores inmediatos de la pandemia se encontraban Larry Fink, presidente de BlackRock, el fondo de inversión propietario del 5% de Apple; el 5% de Exxon Mobil; el 6% de Google; es el segundo mayor accionista de AT&T (Turner, HBO, CNN, Warner Brothers), y el principal inversor en Goldman Sachs. BlackRock es más grande que Goldman Sachs, JP Morgan y Deutsche Bank juntos.

Otros ganadores fueron el gerente de Amazon, Jeff Bezos, quien en solo tres semanas de la pandemia había incrementado su riqueza en 25 mil millones de dólares; el gerente de Tesla y SpaceX, Elon Musk –quien declaró que el confinamiento social fue una “infracción fascista” a su derecho de hacer ganancias–, acumuló ingresos por U\$S 5 mil millones; Eric Yuan, gerente de Zoom, obtuvo dividendos por U\$S 2.58 mil millones, y el cofundador de Microsoft, Steve Ballmer, quien ganó U\$S 2.2 mil millones.

Amazon, Google (hoy Alphabet), Microsoft, Apple, Zoom, junto con Facebook de Mark Zuckerberg (propietario de Instagram y WhatsApp) y otras corporaciones del Silicon Valley de California –ligadas todas al aparato de seguridad nacional de EU–, forman parte de lo que la economista Shoshana Zuboff, de Harvard, ha denominado el “capitalismo de la

vigilancia”, modelo que trascendía a esas compañías de tecnología digital en redes y se había propagado antes de la pandemia a la economía “normal”.

Sostuvimos entonces que en la inmediata post pandemia, la “guerra” por el liderazgo digital del mundo, con sus columnas centrales: la inteligencia artificial, el internet de las cosas, las redes 5G y el *big data* cobrarían un nuevo impulso en clave geopolítica. Y como antes de la irrupción del coronavirus, la disputa sobre cuál sociedad digitalizada y bajo qué modelo, seguiría siendo librada entre Estados Unidos y China.

Advertimos que la reconfiguración del capitalismo vía un nuevo “gobierno mundial” plutocrático bajo hegemonía estadounidense en la inmediata post-pandemia podría enfrentar como variable la emergencia de un “orden tripolar” (Rusia/China/EU) no exento de contradicciones y conflictos “calientes” de dimensiones geopolíticas, incluida una eventual guerra naval en el Océano Pacífico entre EU y China. Lo que vino fue la invasión de Rusia a Ucrania, inducida por la guerra híbrida de EU/OTAN contra Moscú.

En el corto plazo, podía preverse que la transición del mundo unipolar al tripolar tendría como ejes de la disputa la redefinición digital del orbe a través de la conquista de tecnologías clave como la Inteligencia Artificial, la red 5G (imprescindible para la vigilancia total) y la infraestructura de Internet, lo que tendría profundas implicaciones para el futuro del comercio internacional.

Los ingenieros de la IA necesitan datos (materia prima) para crear sus algoritmos y/o perfeccionarlos. Y si bien EU es el país que ha recolectado más datos, a partir del 13º. Plan Quinquenal de Informatización Nacional (2016-2020) de Xi Jinping, China aumentó de manera exponencial sus capacidades a través del Internet de las cosas, el aprendizaje automático y del número de usuarios de sus empresas innovadoras apoyadas por las nuevas tecnologías (*startups*).

El gobierno chino había hecho fuertes inversiones en investigación y desarrollo, subsidiaba a la industria de los chips de procesamiento y tenía una regulación más laxa en tecnologías de automatización y recolección masiva de datos. Así habían surgido conglomerados privados de Internet comercial como Baidu, Alibaba y Tencent (conocidos bajo el acrónimo “BAT”), que de cara a la carrera por la inteligencia artificial habían alcanzado tecnológicamente a las corporaciones estadounidenses del sector.

Alibaba, considerada “el Amazon chino”, había desarrollado un sistema de puntajes de crédito social privado, que tiene como objetivo recopilar y almacenar todos los rastros que los usuarios dejan en Internet y regular el comportamiento de cada persona sobre acceso al crédito, a la educación formal y al mercado de trabajo, incluido el uso de líneas aéreas comerciales y trenes de alta velocidad. Asimismo, la empresa implementó el proyecto *City Brain* (cerebro de la ciudad), para conectar a través de un *software*, mapas, cámaras de vigilancia, sensores, datos del gobierno e información compartida en redes sociales, que procesan algoritmos de IA en superordenadores que sirven de alimento para la planeación urbana y la gestión de tráfico en ciudades como Hangzhou y Macau.

La cooperación de Baidu con las autoridades chinas también gira en torno del control de datos y la ciberseguridad. La corporación ha equipado puntos neurálgicos del espacio público con cámaras que cuentan con un sofisticado *software* de reconocimiento facial y que también puede identificar personas encapuchadas por su forma de caminar. Tencent, la tercera integrante del “BAT”, también está explotando patentes de reconocimiento facial y video vigilancia. Ergo, el capitalismo de la vigilancia.

Así, podía aventurarse que en la pospandemia del COVID-19, la “guerra fría” política, comercial y tecnológica entre EU y China se “calentaría”. Después que Trump

lanzó su estrategia de *decoupling* (desconexión) para contener el crecimiento económico de China, Jinping llamó a poner énfasis en el desarrollo del mercado interno, y no en las exportaciones. Aunque en el plano exterior, a través de Alibaba, es predecible que el *soft power* chino seguirá incrementando su infraestructura ferroviaria, portuaria y digital (fibra óptica, antenas de telecomunicaciones, 5G) en su área de influencia: Vietnam, Tailandia y Singapur, y eventualmente Bangladesh y Pakistán. También en África.

La ‘nueva normalidad’ y la abolición del dinero en efectivo

La pandemia del coronavirus emergió abruptamente como un acelerador de procesos de crisis/reconfiguración ya evidentes en el capitalismo desde antes del 2020, y a esas alturas la pirámide de riqueza se había hecho mucho más pronunciada y modificado su perfil a favor de las actividades de alta tecnología y comunicación (las famosas GAFBA/BAT), y también de las extractivas que les daban soporte a ellas (litio, coltán), así como al proceso de reproducción material en su conjunto (minerías, energéticas).

Asimismo, se había dado un proceso de “hiperconcentración de capital”, que por sus niveles de oligopolización gozaría de condiciones “aún más verticales y materialmente autoritarias” para definir los márgenes y los contenidos de nuestra existencia como sociedad. Un autoritarismo que se había ido naturalizando –el Estado de excepción permanente era un dato visible–, pero que en condiciones de pandemia la asociación público-privada Organización Mundial de la Salud –de la cual la Fundación Bill & Melinda Gates es la segunda aportadora de fondos más grande, detrás de EU– adoptó bajo un eufemismo de tipo orwelliano: *new normal* (“nueva normalidad”), que repetido por gobernantes y políticos, periodistas y comentaristas de los medios, fue interiorizado –con base en el miedo al contagio y a la incertidumbre–, aceptado y asimilado psicológicamente por la población como destino; es decir, como ley natural.

Eso facilitó un sistema de disciplinamiento social por medio de una amplia gama de mecanismos o dispositivos de fuerza, englobada –como se dijo antes– la militarización de la securitización con dispositivos de vigilancia de alta tecnología, incluido el registro biométrico de personas, orientados al biocontrol e instalados en la vida pública de manera generalizada en muchos países; pero también mediante la oficina en el hogar y la educación en casa, y la implantación de sistemas de vigilancia y control domiciliario a través de celulares, computadoras y similares, a todos los niveles: controles del cuerpo, de la movilidad, de la mente, de las emociones, de los deseos, etcétera.

En el marco de la pandemia, el colapso de los mercados financieros en marzo de 2020 –que fueron rescatados por los bancos centrales con la ayuda de billones de dólares– quedó relegado a un segundo plano en la atención pública, al igual que el cierre de industrias enteras y la interrupción de las cadenas mundiales de suministro. Situación que aprovechó el complejo financiero-digital para avanzar en su propio programa: el proyecto de la completa digitalización de la vida social a marcha forzada aprovechando el Estado de excepción sanitaria, en beneficio de la élite plutocrática, lo que incluye la abolición del dinero en efectivo y la introducción de las monedas digitales de los bancos centrales, la robotización del trabajo –con la eliminación de millones de plazas laborales– y el registro biométrico de cada individuo para el control completo de la población.

Al respecto, cabe preguntar qué tiene que ver la inclusión financiera con la supresión del dinero en efectivo, y si acaso se trata de una “neohabla” orwelliana, ya que trata de guarnecer una palabra con lo opuesto de su significado fáctico. Bajo la pantalla de

ayudar a los pobres, inclusión financiera son dos palabras camufladas para la supresión del dinero, lo que derivó de una campaña iniciada en 2010 por Visa y Mastercard para incrementar sus ganancias.

Incluir a los pobres en el sistema financiero permitiría obtener los datos de millones de personas en el mundo –enriqueciendo el sistema de datos financieros–, lo que significa otorgar a los gobiernos un poder de vigilancia y sanción sobre la población sin que se den cuenta que los vigilan. En ello, Bill Gates ha sido una pieza clave para la seguridad nacional de EU. Para impulsar la abolición del efectivo se ha usado la pandemia del COVID-19, pues los bancos realizaron campañas masivas por correo electrónico e Internet para que sus clientes dejen de usar dinero y opten por el pago por móvil bajo el supuesto de que el efectivo puede ser una vía de transmisión de contagio.

El gran reinicio: ¿hacia una dictadura digital?

El 3 de junio de 2020, la élite financiera del mundo anunció una “cumbre gemela” a la de la 51ª. reunión anual del Foro Económico Mundial. La cumbre fue bautizada “el Gran Reinicio”. El comunicado mediante el cual se anunció la reunión, repetía la misma letanía de hacía medio siglo, disfrazada ahora con el lenguaje ciber-fármaco-ambientalista de la muy controvertida “Cuarta Revolución Industrial”, acelerada, según decía el texto, por el COVID-19. El documento abogaba por un “compromiso” para “construir los fundamentos del sistema económico y social para un futuro más justo, sustentable y resiliente” (sic). Asimismo, el “gran reseteo” de los globalistas de Davos incluiría un “nuevo contrato social” centrado en la “dignidad humana” (sic) y la “justicia social” (sic), y donde “el progreso de la sociedad no venga detrás del desarrollo económico”.

Cabe apuntar que el *Great Reset*, como lo plantean sus diseñadores –Klaus Schwab y Thierry Malleret– implica la ejecución de un “macro reseteo” (o “macro reinicio”), que está desglosado en cinco factores: **el reinicio económico, el social, el geopolítico, el ambiental y el tecnológico**. A su vez, el “micro reset” se refiere a los efectos del “macro reset” sobre las empresas y la industria, a lo que se suma el “individual reset” (reinicio individual), es decir, que los individuos, que están viviendo la dislocación de sus vidas mediante el confinamiento en diferentes grados, además del estrangulamiento económico, se “reinicien” adaptándose al reseteo macro.

¿Qué quiere decir el eufemismo reinicio individual? ¿Cómo se reinicia un ser humano? ¿Significa ver a los seres humanos como objetos? ¿Cómo robots con carne que pueden ser ‘reiniciados’ tras ser sometidos a un brutal e inhumano experimento sin precedente de indoctrinación y reeducación humana a través de una estrategia de shock, que Naomi Klein (autora de *La doctrina del shock*) ha denominado “shock pandémico”, detonado por la destrucción de su existencia, reducidos en confinamientos (rebautizados “*movement restriction*”) que son alterna y calculadamente relajados un poco, para permitir un transitorio alivio controlado, para después apretar otra vez por un decreto, en una secuencia por tiempo indeterminado, *ad eternum*, dictado por quienes declaran el Estado de excepción permanente, rebautizado eufemísticamente *new normal*/nueva normalidad para ocultar su verdadera naturaleza siniestra (neohabla orwelliana), y que, tras ese precedente histórico podrá ser aplicado a la humanidad toda o en partes, todas las veces que consideren oportuno?

Es decir, el 0,001 por ciento de la población mundial representado en Davos, está en proceso de llevar al resto de la humanidad a una especie de “dictadura financiero-digital”.

Y lo que resulta particularmente deprimente, era que la mayoría de las personas no han resistido aún a ese futuro, que se asemeja a una “prisión digital” para millones de individuos en el orbe, determinados por algoritmos, cuya coexistencia social será vigilada y controlada, y donde las libertades democráticas sólo se permitirían en la medida en que no obstaculizaran la transferencia de datos desde las computadoras de alta frecuencia.